

AMÉRICA LATINA HACIA SU UNIDAD

Modelos de integración
y procesos integradores

JOSÉ VIDAL-BENEYTO
CASTOR MIGUEL DÍAZ
y otros



AMELA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, José Vidal-Beneyto	
TEORÍA DE LA INTEGRACIÓN REGIONAL: SUPUESTOS Y MODELOS, Jaime E. Estay R.	
EL PROGRESO SOSTENIBLE COMO BÚSQUEDA DE LA COHESIÓN SOCIAL, Luis Enrique Alonso	
ÁREA DE LIBRE COMERCIO DE LAS AMÉRICAS: ORIGEN, DESARROLLO Y PROPUESTAS DE FUTURO, Armando di Filippo	
CONFIGURACIÓN DE LA COMUNIDAD SURAMERICANA DE NACIONES: LOS FUNDAMENTOS Y DIMENSIONES DE LA INTEGRACIÓN, Castor Miguel Díaz Barrado	
FORTALECIMIENTO DE LOS ASPECTOS POLÍTICO-INSTITUCIONALES DEL MERCOSUR: PARLAMENTO Y CIUDADANÍA, María Belén Olmos....	
OTROS PROCESOS INTEGRADORES EN MARCHA EN AMÉRICA LATINA, Milagros Betancourt.....	
LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA Y LAS GRANDES ORGANIZACIONES ECONÓMICAS INTERNACIONALES, Francisco José Blanco Jiménez y Cristina Nogaledo Castaño.....	
ARTICULACIÓN DE LOS PROCESOS DE INTEGRACIÓN EN LATINOAMÉRICA Y EL CARIBE: SU POSIBLE CONVERGENCIA EN UN SOLO Y GRAN PROCESO, Carmen Gabriela Menéndez y Fernando Pérez Arévalo.....	
LA SOLUCIÓN DE CONFLICTOS EN LOS PROCESOS DE INTEGRACIÓN LATINOAMERICANOS. REALIDAD Y PERSPECTIVAS, Ernesto J. Rey Caro	
HACIA UNA UNIÓN LATINOAMERICANA, Luis Arnoldo Rubio Ríos.....	
PERSPECTIVAS DE LAS RELACIONES ENTRE LA UNIÓN EUROPEA Y AMÉRICA LATINA, Carlos R. Fernández Liesa	
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	

INTRODUCCIÓN

JOSÉ VIDAL-BENEYTO

LA INTEGRACIÓN CONTRA EL CAOS

En el Tratado de Westfalia se asienta, en los nuevos tiempos, la primera comunidad política internacional del mundo occidental, a la que los Estados-nación dan soporte y sentido. En un largo decurso de más de tres siglos y medio y en un complejo proceso de convergencias y de antagonismos, haciendo convivir colaboraciones y conflictos, alumbrando una secuencia de guerras y de paces, de rupturas y de empresas en común, Europa y sus ámbitos de dominación y de influencia se autoinstituyen en un espacio político, difícil pero necesario, de persistencia problemática pero único capaz de proponer un mundo uno y plural, a la par que razonablemente habitable. Ni siquiera los desastres y catástrofes del siglo XX, incluida la macro-hecatombe que supusieron las dos guerras mundiales y el caos posterior que generaron, consiguieron privarle de esta virtualidad conjuntadora.

Pero se trata de un conjunto atravesado por grandes antagonismos y dominado por tres grandes contradicciones. La primera, a la que habría que designar como la naturalización de la guerra, consiste en que las guerras y los conflictos se hayan convertido en el componente indisociable del discursar geopolítico del mundo. Guerras y conflictos que no son productos del azar sino que están inscritos, implícita o explícitamente, en el surgimiento y consolidación de las afirmaciones comunitarias y en sus múltiples y antagónicas ambiciones nacionales que las acompañan. La consecuencia ha sido que hoy a todos nos parezca normal no sólo que haya guerras, sino que se hayan convertido en algo propio, inseparable del convivir humano, lo que ha generado una reacción antibélica muy extendida. Puede afirmarse que, en esta fase histórica, uno de los valores de la ideología de progreso más aparecidos es la paz, que es la que concita mayores movilizaciones. Hoy el clamor por la paz es el objetivo, la demanda colectiva más unánime y con más capacidad aunadora.

Esta doble y además simultánea reivindicación –la guerra como algo de lo que no logramos separarnos y la paz sin la que no podemos vivir– es quizá el primer rasgo contradictorio de las realidades contemporáneas. Me refiero aquí a las guerras, pero también a los conflictos, que en la mayoría de los casos son bélicos. Los europeos, y sobre todo los europeos mediterráneos, estamos viviendo cotidianamente con el horror de los flujos migratorios, que tal como se realizan son realmente conspiraciones de muerte absolutamente abominables. Y sin embargo, como esa guerra la vivimos televisivamente, entre el aperitivo y el postre, la hemos incorporado a la trama de nuestra cotidianeidad.

La segunda gran contradicción es la de la extraordinaria producción de riquezas, simultánea al imparable aumento de la miseria. Nunca como ahora se habían producido tantas riquezas: hemos multiplicado el PIB mundial por cinco en los últimos cuarenta años, logro impresionante, y sin embargo, como se deduce de los datos de las organizaciones económicas internacionales (el PNUD, el Banco Mundial, etcétera), nunca las desigualdades han sido tan monstruosas, nunca la miseria y las muertes por hambre han sido tan sobrecogedoras.

Y la tercera es la de la uniformización de la vida y de las existencias humanas, consecuencia del conjunto de procesos globalizadores de todo tipo, antes que nada financieros, pero también económicos, sociales y políticos, que se traducen en una homogeneización de valores, de instituciones, de prácticas, de comportamientos. Lo que provoca la inevitable exigencia de diferenciación, cada vez más dramática y que se traduce en la defensa cerrada de la propia identidad, identidad no sólo individual sino, sobre todo, colectiva, manifestada en la lucha por las diferencias, o sea, por la diversidad. Es posible que con esto se acabe mitificando la diversidad, pero, en cualquier caso, se trata de un referente más fecundo que el de la uniformización, y hoy más necesario frente al unilateralismo político empeñado en negar, por razones de estrategia imperial y de ideología de la dominación, que lo esencial de la realidad mundial es multipolar.

Estas tres grandes contradicciones de consecuencias dramáticas se viven de manera aún más radical en el contexto de la mundialización. Contradicciones y exigencias que han producido el caos con el que hemos entrado

en el siglo XXI y que parece que va a seguir presidiendo la mayor parte de los procesos mundiales. Por lo que, si queremos atenuar el dramático desorden global, conviene intentar gobernarlo. Para ello, la solución más eficaz podría ser establecer un gobierno mundial, lo que por ahora no parece posible. En consecuencia, tal vez convenga promover la creación de una serie de instancias y de dispositivos que sin tener el carácter de un verdadero gobierno, nos ayuden a controlar sus principales desajustes y sus más dramáticos efectos negativos. Su propósito principal no sería dominar y gobernar la globalización, sino los supuestos y factores que la hacen efectiva. Pues, aunque los procesos globalizadores y la mundialización que han generado se hayan convertido en el referente unánime y permanente de la casi totalidad de los análisis sociales, económicos y políticos actuales y aunque se haya hecho de la globalización el actor mayormente responsable de casi todo lo que acontece, no es obligatorio aceptar que esta categoría hoy tan generalizada deba permitirnos dar cuenta del presente y del futuro del mundo.

En los cuatro volúmenes de mi tetralogía sobre *La Gobernación del mundo*, Taurus e Icaria, 2002-2008, que comprenden *La ventana global*, *Hacia una sociedad civil global*, *Derechos humanos y diversidad cultural* y *Poder global y ciudadanía mundial*, se pretende analizar la naturaleza, glorias y servidumbres de esa realidad que hemos llamado globalización, pero sin compartir la omnipotente suma de capacidades que, para el bien y para el mal, se le atribuyen. Para mí se trata sólo de la designación de un conjunto de procesos que han producido un estado de cosas, resultado de una serie de factores esencialmente técnicos, económicos y políticos, movilizados por los grandes poderes de la sociedad. Disiento por tanto de la mayoría de las interpretaciones que se hacen de este fenómeno considerándolo, como dicen los analistas sociales, la variable independiente por antonomasia, como un actor social mayor que hay que encuadrar desde fuera para reducir sus efectos negativos y potenciar sus capacidades positivas.

Martin Wolf (*Why Globalization Works*), Jadish Bhagwati (*In Defense of Globalization*) y Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía en 2001, economista jefe y vicepresidente del Banco Mundial, antiguo asesor económico de Bill Clinton y profesor de las universidades de Yale, Oxford y Stanford, participan en esta mitificación de la globalización, al autonomi-

zarla e instituir la en el gran sujeto colectivo, en el *deus ex machina* de los grandes acontecimientos, no sólo económicos, sino de todo tipo, de nuestra contemporaneidad. Stiglitz, en sus dos principales obras sobre este tema, *El malestar en la globalización* y *Cómo hacer para que funcione la globalización*, consagra, aunque con algunas diferencias, la misma lectura e interpretación, haciendo de la globalización el gran actor, el principal, si no único protagonista de la realidad actual. Pero no es así, pues la globalización no es un sujeto sino un objeto, no un actor sino el producto resultante de un conjunto de factores y de decisiones.

¿En qué consiste, pues, ese producto que es, obviamente, múltiple y diverso? En la suma de factores de diverso tipo a los que el desarrollo tecnológico de nuestras sociedades ha conferido una condición y un destino mundiales. Sin la tecnologización de la comunicación y la teletransmisión de datos y objetos la globalización no hubiera podido existir. Pero esa posibilidad se ha convertido en realidad gracias a un conjunto de decisiones fruto de la voluntad política de los países y de los gobiernos, al promover, apoyados en la ideología neoliberal y sirviéndose de normas y medidas gubernativas, la circulación de todo tipo de mercancías, bienes, capitales y personas, eliminando cualquier interferencia pública en las actividades y circuitos de la economía real y renunciando a ejercer cualquier tipo de control en el funcionamiento de la sociedad. La tecnología, pues, hace posible la globalización y la política (las políticas) la hacen efectiva. Máxime, cuando esa inverosímil expansión de lo técnico-tecnológico no sólo multiplica y acelera todos los intercambios económicos, sino que hace del dinero y, con carácter más general, de todos los medios de pago, la mercancía por excelencia, porque puede comprarse y venderse simultáneamente en todos los países del mundo –ubicuidad espacial– y además de manera instantánea y permanente –sin ruptura temporal alguna.

Esa conversión del dinero en mercancía es una de las causas principales de la financiarización de la actividad económica. Circunstancia que nos lleva a distinguir entre la mundialización que afecta, en mayor o menor medida, como hemos dicho antes, a todos los procesos societarios –económicos, políticos, sociales, culturales, etcétera– y la globalización, término que deberíamos reservar tan sólo a lo financiero, único ámbito económico y social en

el que la circulación y el intercambio son verdaderamente planetarios y en el que su cumplimiento y su realización son plenamente independientes y totales, es decir, sin intervención de otros factores o consideraciones que puedan restringirlos. Por lo demás, la mundialización se caracteriza por la discontinuidad y porque interviene en cualquier campo temático y sectorial. La globalización, por el contrario, entraña la continuidad propia del ámbito financiero, y tiene parámetros iguales en su producción y en sus procesos secuenciales; la mundialización, no. En cualquier caso, mundialización y globalización nos enfrentan con la realidad, ahora más patente que nunca, de que el mundo es global y hace falta alguna forma de autoridad para organizar esa globalidad.

Las grandes instancias económicas, en especial las organizaciones económicas internacionales, han lanzado el término de *gobernanza*, acuñado por el Banco Mundial y extraordinariamente extendido hoy. El término y la propuesta que contiene se proponen trasponer al campo político los principios de funcionamiento del mundo económico, en particular la convicción de que en muchas ocasiones existe una tendencia a la convergencia espontánea de actores y prácticas, por lo que hay que estimularlos, para que funcionen por sí solos, eliminando cuantas interferencias tiendan a impedirlo. A esta concepción espontaneísta e irénica del acontecer social se opone la que sostiene que las relaciones sociales son esencialmente conflictivas y que el conflicto es uno de los componentes básicos del vivir en sociedad. Anthony Giddens, hasta hace poco presidente de la London School of Economics, e ideólogo de Tony Blair y, en cuanto tal, formulador de la *tercera vía*, se ha apuntado, en esta segunda fase de su vida, decididamente, a la negación del conflicto como base de la sociedad. Hasta tal punto que, ni esa categoría ni la de clase social, centrales en la organización del saber social, aparecen en el glosario de términos de ninguno de sus últimos libros.

Pero si la mundialización/globalización es la denominación de un producto y de una situación, no podemos hacerla responsable del caos mundial actual que es, al contrario, su resultado. Y por tanto nuestro objetivo no debe ser gobernar la mundialización, sino, como se decía al empezar, establecer una gobernación política del mundo que encare y elimine, o cuando menos reduzca, los efectos más catastróficos que sufren nuestras sociedades: gue-

rras, criminalidad organizada, hambre y miseria, pérdida de valores y corrupción generalizada, violencia, sida y enfermedades contagiosas, destrucción del planeta. Desde la última guerra mundial, el mundo se ha visto envuelto en 63 guerras que han producido más de diez millones de víctimas. En su inmensa mayoría víctimas civiles. Las guerras se hacen con armas y los grandes Estados democráticos y las empresas ligadas a ellos son los mayores fabricantes de material bélico del mundo. Cuando Alemania y Francia quisieron poner fin a sus enfrentamientos armados decidieron administrar conjuntamente la producción de carbón y de acero, base esencial de la industria del armamento. Y crearon la CECA. Es decir, tomaron una decisión política que hacía imposible otra guerra, al menos convencional, entre ellos.

¿Por qué los Estados no deciden renunciar a producir y en todo caso a vender armas y la pérdida de beneficios que ello pueda representar la compensan con otras fuentes de financiación pública menos destructoras? Todos sabemos que la criminalidad organizada no podría florecer si no existieran esos instrumentos de ocultación y almacenamiento del dinero que son los paraísos fiscales. ¿Por qué los Estados no deciden acabar con ellos? ¿Por qué la Unión Europea no exige de sus Estados-miembros que clausuren todas las actividades de los paraísos fiscales que operan desde su territorio o en áreas dominadas por ella? Me refiero obviamente a Andorra, Gibraltar, Mónaco, las Islas anglonormandas y en particular Liechtenstein, Luxemburgo y Suiza. Esta impotencia de los Estados, por falta de medios o de voluntad política, remite la solución a una gobernación metaestatal, y dada la condición global de todos estos fenómenos, a una gobernación mundial.

Pues mal que les pese a los adictos al irenismo, toda convivencia social es una convivencia conflictiva. Y la cuestión es cómo regular esa conflictividad y los antagonismos grupales e individuales que conlleva, para que no desemboquen necesariamente en violencia y caos. El recurso más a mano son los valores, las orientaciones, las pautas, las normas susceptibles de encuadrar las luchas de intereses y la superación de los, con frecuencia, inútiles enfrentamientos ideológicos. La experiencia nos ha probado que una sociedad sin pautas ni principios, a causa de la fuerza perturbadora del conflicto, acaba siempre siendo una sociedad de mafias. Llamando mafias no

sólo a las que formalmente conocemos como tales, las que dirigen la criminalidad organizada, sino a todo poder político o económico sin contrapesos institucionales, sin contrapoderes democráticamente legitimados, sin transparencia alguna, sin rendir cuentas a nadie excepto a la camarilla que lo gobierna y teniendo, por lo menos modalmente, el mismo comportamiento que tienen las mafias. ¿Cómo someterlas a un mínimo encuadramiento que limite sus efectos perversos e impida su multiplicación y persistencia? La opción que parece más útil a nivel mundial no es la de la gobernanza sino la de la gobernación —que no es propiamente un gobierno del mundo, porque un gobierno sólo es coherente e inteligible si tiene como ámbito de ejercicio un Estado, y el mundo ni es un Estado ni a lo mejor conviene que lo sea—. La gobernación es un entramado de poderes plural y múltiple, de niveles muy diversos y en permanente proceso de gestación, inspirado por un conjunto de principios y valores, con algunas estructuras que no tengan la capacidad coercitiva que tienen los estados nacionales, pero que de alguna forma sirvan de apoyatura para la formulación y el ejercicio de esos grandes principios ordenadores.

Pero desgraciadamente los organismos de que disponemos hoy son incapaces de asumir esa función. Las Naciones Unidas, que deberían ser el instrumento más idóneo para cumplirla, no pasan de ser un ámbito, ciertamente lleno de buenas intenciones pero en gran medida ineficaz. Y todas las declaraciones que cotidianamente oímos y leemos sobre su necesaria e inmediata reforma no pasan de ser subterfugios para el mantenimiento de la situación.

Pero ¿cómo puede imponerse la gobernación del mundo? La vía que parece hoy más fecunda es la de la regionalización, pero no limitándola a la cooperación que promueven las grandes instituciones macroregionales, como puede ser en América Latina la OEA, aunque desde luego cumplan una función útil, sino apelando a una concentración de los grandes espacios geopolíticos y ecoculturales regionales, mediante la creación de una plataforma integradora global.

Pero esa propuesta macroregionalizadora es compleja y problemática por la inevitable presencia en ella de antagonismos históricos entre sus diversos componentes, así como de intereses y preferencias nacionales enfrentadas,

que empujan el proceso regionalizador en sentidos distintos, con frecuencia contrarios. Sin olvidar que la mundialización y la homogeneización de conductas, valores y pautas que genera funcionan como una grave amenaza para las identidades colectivas, sean nacionales o grupales y tanto de condición política como social y cultural. Amenaza que produce una exacerbación de las pulsiones defensivas y un enmurallamiento en lo propio y diferencial.

El interés y la dificultad del proyecto han llevado a crear en Valencia la Fundación del Área Mediterráneo-Latinoamericana (Fundación AMELA) que en asociación con el Colegio de Altos Estudios Europeos *Miguel Servet* de París se han propuesto contribuir a la integración macrorregional, partiendo de esos dos grandes espacios eco-político-culturales que son el área mediterránea y el continente latinoamericano. El Programa para el *Progreso Sostenible y la Integración Regional en América Latina* ha comenzado a poner en marcha diversas acciones integradoras en el área latinoamericana, partiendo de las que están ya en funcionamiento, y de modo particular de MERCOSUR, que con sus cuatro países fundadores (Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay), con la incorporación posterior de Venezuela y con las adhesiones de Chile, Perú y Bolivia, representan una parte importante del espacio suramericano. Se trata de una gran subregión, que no va a unificarlo todo pero que va a constituir un bloque capaz de neutralizar las ambiciones de las potencias del norte y de otras áreas integradas, sin excluir la Unión Europea. Qué duda cabe que en Europa tenemos una hipótesis de regionalización muy clara, que comporta, por una parte, a Rusia y todo su *hinterland* de países y, por otra parte, a la Unión Europea. Lo mismo podríamos decir de Asia con sus cinco grandes subáreas. El gran problema es el inmenso y dramático continente africano, ¿cómo cabe regionalizar África?

Dentro de estas áreas regional o subregionalmente integradas, hemos de reivindicar la dimensión de lo local en sus distintas declinaciones. Su presencia es tan imperativa que ya hemos creado una palabra para designar la combinación de lo local y de lo global, la glocalización, *glo* de global *cal* de local, pero que sin embargo no puede funcionar si no disponemos de esos grandes ámbitos de intermediación. La regionalización geopolítica del mundo, el hecho de agregar a las grandes organizaciones regionales institucionales este nuevo mosaico macrorregional, mitad geopolítico y mitad

ecocultural, es fundamental para resistir a la dominación de los grandes imperios. A ese riesgo, protagonizado hoy esencialmente por Estados Unidos y Rusia, pronto se añadirán China, la India, Brasil y África del Sur, por lo que es necesario para neutralizarlo que cada cual cumpla en su subárea una función de encuadramiento y de estabilización que, al mismo tiempo que refuerza en su conjunto el área a la que pertenece, contribuya al equilibrio mundial de todas las áreas.

Termino con un tema mayor de nuestra contemporaneidad última: la lucha ideológica y la forma regresiva que está adoptando. Regresión en el ámbito económico y político en todas partes, en el cultural y también en el religioso, en muchas de ellas, que reclaman un frente ideológico de resistencia, cuyos referentes fundamentales tienen que ser el pluralismo y la tolerancia, comenzando con las religiones en las que cada una debe conservar su especificidad, evitando las confusiones y las alianzas contra natura. ¿Cómo se puede explicar que el mayor valedor del lobby judío en Estados Unidos sea la superintegrista Christian Coalition, cuando los integrismos, el general Franco por ejemplo, que era un ultraderechista, creó en España desde los mismos supuestos un Tribunal de represión contra la masonería, los judíos y el comunismo? ¿Cómo es posible que ahora los católicos más enfervorecidos se constituyan en los principales valedores de la política y de la ideología del Israel integrista en Estados Unidos? Pero claro, no de cualquier política de Israel, pues hay una dimensión extraordinariamente pugnaz y valiente, una opción de progreso dentro de la realidad judía, sino de sus sectores más reaccionarios. La convergencia que se opera entre integrismos, entre reaccionarismos, no entre religiones y creencias, es la explicación.

Estas conversiones no son fruto de un día, requieren tiempo, preparación e insistencia. En nuestro caso, encontraron su gran momento con Reagan, y apoyados en el inmenso poder político y económico que supone la presidencia en Estados Unidos, decidieron fortalecer y multiplicar los *think tanks* reaccionarios, los neocons. En Estados Unidos existen más de cincuenta, allí se conciben y desde allí se lanzan los temas internacionales mayores, primero a través de las grandes organizaciones intergubernamentales –FMI, Banco Mundial, etcétera–, de ellas van a los gobiernos de los Estados, que los nacionalizan, los interiorizan y los transmiten a los medios de comunicación,

y a partir de ahí la generalización es prácticamente imparable. Además, lo que ha sucedido con el proceso del integrismo ideológico norteamericano es que los centros de producción de ideas no han encontrado resistencia alguna y su carrera ha sido triunfal. Lo que es tanto más sorprendente si pensamos que, en los años sesenta y setenta, los Estados Unidos fueron la cuna del pensamiento abierto y avanzado, o sea, que han bastado treinta años y la acción combinada de los *think tanks* y los medios dominantes de comunicación para situarnos en el otro extremo. Y obviamente, sin el machaqueo de la Fox y de las otras grandes cadenas dominantes de la comunicación la vuelta del calcetín no hubiera sido posible.

¿Qué fue lo que más utilizamos quienes nos oponíamos a la guerra de Vietnam? Dos fotos impresionantes. Una en la que aparecía una niña, una muchacha de once años en las calles de Saigón con los brazos en alto, corriendo desnuda y despavorida, con unos ojos terriblemente dilatados por el terror. Otra, la de un soldado norteamericano apuntando con una pistola en la sien de un soldado vietnamita arrodillado al que acaba disparando con saña. Esas dos fotos, que fueron las que transformaron la percepción que el americano medio tenía de la guerra del Vietnam, serían hoy imposibles ya que Murdoch ha desterrado, absolutamente, los tratamientos mediáticos críticos. Claro que ha habido muchas voces contra la guerra, claro que gran parte de la *intelligentsia* norteamericana se ha opuesto a la masacre en Irak, pero los medios han estado todos a favor. Incluso cuando ya nadie creía que hubiera armas de destrucción masiva, se hizo una encuesta muy importante en el mes de febrero de 2004 y el 78 por ciento de los encuestados contestaron que sí, que había armas de destrucción masiva, y lo que es más, que las tropas americanas las habían descubierto y fotografiado. Frente a la opinión del mundo entero, incluido de alguna manera del mismo Secretario de Estado, Powell, el público de Bush/Murdoch seguía defendiendo su versión.

El mejor medio de resistir al proceso de desintegración social y política que acabamos de presentar y de detener las embestidas del caos que amenaza nuestra contemporaneidad desde tantas esquinas es elaborar una respuesta, al mismo tiempo, teórica y efectiva, global y diversificada e intentar ponerla en marcha. Partiendo obviamente de lo que existe, de la realidad más pegada al terreno. Ése es el propósito del volumen que abre esta introduc-

ción y cuyos dos ejes fundamentales son la integración regional desde la perspectiva geopolítica y el progreso sostenible desde la política social. Jaime Estay y Luis Enrique Alonso desarrollan ambos temas con profundidad y brillantez y abren la puerta a una presentación penetrante y circunstanciada de la marcha hacia la integración de América Latina. Presentación que no esconde las dificultades y que relata tanto los avances como los retrocesos y describe las experiencias más importantes. El Área de Libre Comercio de las Américas que corre a cargo de Armando di Filippo; la Comunidad Suramericana de Naciones que expone Castor Miguel Díaz Barbado; la aparición y asentamiento de MERCOSUR que nos presenta María Belén Olmos; y los tres otros procesos latinoamericanos de integración de los que se ocupa Milagros Betancourt. Entre ellos destaca el SICA –Sistema de Integración Centroamericana–, ALADI –Asociación Latinoamericana de Integración–, la CAN –Comunidad Andina de Naciones– y el ALBA –Alternativa Bolivariana para las Américas–. Carmen Gabriela Menéndez y Fernando Pérez Arévalo exploran la posible articulación de los diversos procesos integradores que existen en América del Sur y en el Caribe y evalúan las posibilidades que tienen de converger en un solo proceso; Francisco Blanco Jiménez y Cristina Nogaledo Castaño se centran en el análisis de las relaciones entre el proceso latinoamericano de integración y las grandes organizaciones económicas internacionales; Ernesto Rey Caro nos propone un balance prospectivo de la práctica de resolución de conflictos en los ejercicios integradores de América Latina; Carlos Fernández Liesa examina las relaciones entre la Unión Europea y el continente latinoamericano; y Luis Arnoldo Rubio cierra este ambicioso análisis con una evaluación de las posibilidades y los obstáculos de una Unión Latinoamericana.

Este volumen que ve ahora la luz bajo el impulso de la Fundación AMELA y en el marco de su propósito fundacional aspira a contribuir al análisis y la reflexión de las áreas integradas y a su posible consolidación y progreso, en particular de la latinoamericana. Y lo hace renunciando a todo tipo de preámbulos teóricos e ideológicos y entrando directamente en el tratamiento global y diversificado del proceso de acercamiento y colaboración a que aquí se procede. Podría considerarse excesivo calificarlo de integrador y pretender, en consecuencia, que estamos asistiendo simplemente al despliegue de

una serie de intentos de aproximación. Excesivo, tal vez, pero no totalmente imaginario como prueba la simple lectura de los diversos intentos que se recogen en el índice. Por lo demás, este producto intelectual, como la inmensa mayoría de sus homólogos, no puede confinarse en la pura aseveración de los hechos que están ahí, en decir la realidad de lo que ya es, sino que aspira a ir más allá, a convertir lo que es una agregación *in fieri* en una integración efectiva. No tiene sentido ocultar que los que nos hemos enrolado en él estamos convencidos de que hay que poner fin, en la actual evolución del mundo, al imparable crecimiento de la desigualdad, no sólo entre individuos sino entre países. Así como a la extraordinaria inestabilidad económica y en especial financiera y a una globalización y una economía mundial que radicalizan los antagonismos entre la pobreza y la opulencia, cuya distancia hacen cada día más insalvable. En consecuencia, una de las vías que explorar, no tanto en los libros cuanto en la práctica, es la construcción de agregados de países. El voluntarismo del proyecto habrá encontrado su meta, si tras la lectura de estos textos, no sólo se hubiera ganado en el convencimiento de su posibilidad, sino, sobre todo, en la decisión de contribuir a su cumplimiento.